

TARDE DE ROMERÍA

Su encanto era privado, una experiencia íntima, delicada y bellísima. Una vivencia intensamente breve, sorpresiva, desconocida y limpia que le había atravesado su conciencia adolescente. No, no se lo diría a nadie nunca. Ni escribiría un poema inspirado en su magia. Aquello era absolutamente personal. Ni intentaría jamás saber de aquel muchacho que con sus exiguas pero intensas palabras, mientras jugaban en corro a la pelota con otros romeros, le volteó el corazón y la dejó flotando en la bella soledad de la inaugural atracción amorosa. Había alegría, libertad, juventud en el bucólico espacio y en lugar de a la persona que le correspondía, el muchacho, situado inesperadamente a su lado, se la arrojó a ella diciéndole con un brillo de manantial purísimo en el rostro, mirándola directamente a los ojos mientras caminaba a perderse, "Toma, para que veas lo que me gustas". Se alejó entre los romeros como con un dolor o asustado de aquel arrojó espontáneo que le brotó del alma o como no queriendo, tampoco, romper la eternidad del hechizo.

Isabel Villalta

